El disgusto de Emília

¿Sabes por qué se dice que San Amaro es el patrón de los cojos? Pues bien, Estremoz, aquí al lado, era el cuartel general de esta zona. Desde 1400 salían desde allí soldados rumbo a todas las guerras y, cuenta la leyenda, que los soldados que pasasen por aquí primero, por Santo Amaro, antes de partir al frente de combate, nunca morirían.

¡Rezaba el dicho que quien se bañara en el arroyo de San Amaro después de entrar en quintas, en verano lo celebraría! ¡Y así era! ¡Se bañaban por la noche, en el arroyo, se ponían al cuello el pañuelo que las novias les bordaban y cantaban toda la noche antes de marchar!

En Santo Amaro nunca murió un solo soldado. Todos volvieron. ¡Ni una sola baja! ¡Ni una! ¡Ni siquiera José, muchacho nacido en uno de los cortijos allí cerca y que, durante décadas, estuvo desaparecido!

Se bañó, al igual que todos los demás, en el arroyo, pero no recibió su pañuelo porque todavía no era novio de Emília. José se marchó dejando el sombrero en la silla de la elegida en la Rua Velha, entre la aldea de los cobertizos y de Santo Amaro, sin saber si la familia de la amada había aceptado su petición de noviazgo.

Emília, que nunca se había despedido de José, guardaba en su memoria la imagen de ese amor que todavía no se había consumado y se pasaba los días cosiendo el ajuar, sentada en la silla donde se había quedado su sombrero, imaginándose a los dos envejeciendo, día tras día, por la Rua Velha hasta el Puente Nuevo, y compartiendo el aburrimiento, los disgustos, las alegrías habituales de la vida. No deseaba más.

Pero José no parecía volver, incluso después de que todos sus compañeros hubieran vuelto. Emília empezó a dudar de la bendición de San Amaro, blasfemia inaceptable en un sitio donde todos tenían a un familiar en la guerra pero sabían no temer su suerte, era tal la confianza de que no moriría nunca.

Los soldados pueden volver desmembrados, con traumas o dolores desgarradores, pero nunca muertos.

Emília esperó un año. Dos años. Tres años. Cuatro. Cinco. Seis. Todos los años encalaba de nuevo su casa el día en que José había partido. Vio el final de la guerra y aún siguió esperando a pesar de la duda. Hasta el día en que, rendida por la falta de calor humano en su rutina, y por las cuentas de los años que las matemáticas le iban enseñando sobre la vida, se casó con su jefe. Remendaba sus calcetines. Le preparaba la comida. Lo cuidaba en sus enfermedades y ansiedades. Y seguía sola pero con menos espacio para la desesperanza. Hasta el día en que volvió a encontrar a José, en una calle en Sousel, décadas y una vida entera después. José había vuelto, pero no a ella. José no había muerto, y sonrió, recordando vagamente haberla conocido un día, sin recordar apenas su nombre.

Emília volvió a casa destrozada. Había dudado de un Santo que había cumplido su milagro. Emília no merecía vivir.

Esa misma noche, después de bañarse en el arroyo, tendió la ropa del hijo que nunca tuvo, insultando a la luna llena. Lloró y maldijo su suerte. Pidió perdón a los santos por su descreimiento. Se mató con veneno para ratones.

Dice quien lo vio y no se acercó que la agitación de su fin asustaría al mismo demonio.

Al día siguiente, no había rastro de su cuerpo, pero en ese lugar sigue brotando una fuente de la que no bebe nadie, con miedo de tragarse el disgusto de Emília y de cometer pecados similares con su suerte.

Patrícia Portela